

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

OTRA VEZ EL PLAN BÉLICO EN EL NORTE

MADERISMO, HUERTISMO Y CARRANCISMO

Cómo eliminó Madero a los elementos considerados radicales; Villarreal nombrado cónsul en Barcelona

CÓMO EXPLICA VILLARREAL SU HOSTILIDAD AL CLERO CUANDO FUE GOBERNADOR DE NUEVO LEÓN

“Como el clero intervino en la política apoyando a Huerta, la revolución triunfante tenía derecho a condenar esa intromisión”

RELATA VILLARREAL SU PARTICIPACIÓN EN EL MOVIMIENTO DE CARRANZA

Al lado de las fuerzas de don Pablo González

CAPÍTULO VI

Como resultado del triunfo del licenciado José María Pino Suárez como candidato a la vicepresidencia de la República, don Fernando Iglesias Calderón, dando una muestra de su amplio espíritu político, hizo declaraciones aceptando su derrota y anunciando que sus amigos se unirían en torno de la candidatura designada por la mayoría convencionista.

Las rupturas en el constitucionalismo

Los pinistas correspondieron a la actitud caballerosa de Iglesias Calderón, llamando a varios liberales a los puestos de responsabilidad en el comité directivo del Partido Constitucional Progresista. Ya en el comité, Villarreal representando a los liberales, sostuvo una verdadera batalla para evitar que Luis Cabrera fuese eliminado de la directiva, por su reconocido vazquismo, como lo pretendían Serapio Rendón y Moya Zorrilla.

En noviembre de 1911, Villarreal fue postulado para regidor número uno del ayuntamiento de la Ciudad de México, y fue electo en los comicios de diciembre. Sin embargo, no tomó posesión de su cargo, debido a que el presidente Madero, después de haberlo llamado a palacio por conducto de Adrián Aguirre Benavides, le dijo que tenía interés de que marchara al extranjero a ocupar un puesto consular.

A BARCELONA

Lo cierto era que el señor Madero trataba de evitar que los liberales, considerados como los izquierdistas de la revolución triunfante, tomaran participación activa y resuelta en las luchas políticas nacionales. Y así, a Villarreal le ofreció un consulado en Europa; a Sarabia el consulado de San Diego, Texas, y a Camilo Arriaga el puesto de visitador general de consulados. Pero Sarabia rehusó el consulado de San Diego, resolviendo postularse diputado al Congreso de la Unión.

Nombrado cónsul general de México en Barcelona, Villarreal fue invitado por el señor Madero para que antes de que partiera a hacerse cargo de su puesto, hiciera una visita al ministro de España en México, señor Cologan. Éste había hecho algunas objeciones ante el gobierno por el nombramiento de Villarreal, señalando al nuevo cónsul como elemento extremista y recordando el hecho de que públicamente hubiera atacado al millonario español Íñigo Noriega, propietario del latifundio de Xico. Villarreal se rehusó a hacer la visita a Cologan, y al fin el presidente aceptó que el nuevo cónsul marchase a España sin ese requisito.

Antes de salir para Barcelona, Villarreal hizo desistir a los jefes revolucionarios José Inés Salazar y Lázaro Alanís de un proyectado levantamiento contra el gobierno de Madero, a quien tanto Salazar como Alanís calificaban de demasiado contemporizador con las gentes del régimen caído.

EL HUERTISMO

Poco más de un año hacía que Villarreal se encontraba en el consulado de Barcelona, cuando cayó el gobierno del señor Madero. Villarreal se negó a reconocer al régimen del general Victoriano Huerta, y de acuerdo con el ministro de México en París, Miguel Díaz Lombardo, hizo un movimiento con el objeto de que ministros y cónsules mexicanos en Europa se negasen a entregar consulados y legaciones a los servidores del nuevo gobierno. Sin embargo, ningún resultado se logró con este movimiento.

Mientras tanto, la revolución contra el gobierno huertista había estallado en México, y Villarreal embarcó en Santander, en donde dejó a su esposa, para dirigirse a Nueva York y continuar de ahí su viaje a territorio mexicano.

Al desembarcar en Nueva York, el coronel Villarreal se encontró con el licenciado Isidro Fabela, quien se dirigía a Piedras Negras, con el objeto de unirse a la revolución, y junto con este abogado, hizo el viaje hasta la frontera mexicana.

OTRA VEZ SOBRE LAS ARMAS

De Piedras Negras se dirigió Villarreal a la hacienda Hermanas, Coah., en donde los generales Pablo González y Jesús Carranza tenían establecido su cuartel general. Las fuerzas de González y de Carranza, sostenían casi diariamente tiroteos con las tropas federales, cuyo cuartel general se encontraba en Monclova.

Villarreal pidió entonces autorización para llevar a cabo una excursión por Nadadores y San Buenaventura, puntos dominados por las fuerzas huertistas, y concedida la autorización, salió al frente de doscientos cincuenta hombres llevando como segundos a los mayores Ildefonso “Poncho” Vázquez y Uribe. Llevando gente escogida, el coronel Villarreal atacó furiosamente a la guarnición federal de San Buenaventura. Durante el combate hicieron derroche de valor tanto Vázquez como Uribe. Vázquez era un joven de carácter apacible, bondadoso, parecía un muchacho sin la agresión del guerrero. Sin embargo, apenas tomaba contacto con el enemigo se veía en él a otro hombre. Alentaba a sus soldados, combatía con un valor incontenible al frente de ellos, se arrojaba sobre el enemigo con una fiereza sin igual. No menos valiente

Las rupturas en el constitucionalismo

y audaz era Uribe. Sus mismos compañeros de armas le comparaban con un león. Cuando llegaba el momento del combate era irrefrenable; ningún peligro le contenía. Sereno, sin que jamás diera una muestra de que buscaba conservar la vida, Uribe avanzaba sobre el enemigo, admirando a todos sus compañeros.

EN PIEDRAS NEGRAS

A pesar del enérgico ataque sobre Buenaventura, los revolucionarios, después de haber visto caer gravemente herido al mayor Vázquez, y agotadas las municiones, se retiraron a rancho de Sardinas. Tenían varios días en Sardinas, cuando Villarreal obtuvo informes de que los federales de San Buenaventura habían recibido refuerzos de Monclova y que avanzaban sobre los revolucionarios, por lo cual resolvió retirarse hasta Piedras Negras.

Después de haber quedado debidamente pertrechado en Piedras Negras, el coronel Villarreal avanzó nuevamente sobre los federales, situándose en Puerto de Borregos. Allí nombró, para sustituir a Vázquez, al mayor Saldaña Galván, como segundo jefe de la columna.

Era Saldaña Galván miembro de una distinguida familia coahuilense. Vestido casi siempre de “catrín”, de maneras muy caballerosas, usando una barba de candado, Saldaña Galván, desde que se había incorporado a la columna de Villarreal había sido objeto de no pocas burletas por parte de aquellos rancherotes convertidos en soldados de la revolución. Los rancheros le llamaban burlonamente “Madero”, quizás por la barba que usaba al igual a la del presidente de la República asesinado en la capital de la República. Sabiendo que era constantemente objeto de hablillas entre los soldados, Saldaña Galván, esperaba la primera oportunidad para demostrar que era tan valiente como quienes más le criticaban.

FATAL TEMERIDAD

La oportunidad para que el joven revolucionario demostrara su valor, llegó bien pronto. Villarreal dispuso el ataque a Abasolo, población guarnecida por fuerzas de Alberto Guajardo.

José C. Valadés

Saldaña quiso marchar en la punta de la vanguardia, y apenas en las goteras de Abasolo Nuevo, se lanzó con frenesí sobre los federales, haciendo derroche de valor y audacia, hasta ver que la plaza había quedado en poder de sus hombres.

No conforme con esta victoria, Saldaña Galván, llevado por su entusiasmo, continuó inmediatamente sobre Abasolo Viejo, siempre en la extrema vanguardia. Sin medir los peligros, sin darse cuenta de las posiciones que mantenía en enemigo, seguido de unos cuantos jinetes rebasó la línea defensiva de la plaza y entró hasta el centro de la población. Su temeridad le habría de costar la vida.

Ya en el centro de Abasolo, fue el blanco de la fusilería federal y junto con sus soldados, cayó herido de muerte.

Fatalmente herido, Saldaña Galván pudo ser sacado de la población. El joven deliraba; recordaba, en su delirio, a su madre, a sus hermanos; preguntaba, desesperado, por el coronel Villarreal, a quien seguramente quería hacer alguna recomendación. Murió pocas horas después ante el silencio conmovedor de los rancheros que no le habían creído hombre.

PLANES MILITARES

Aunque los revolucionarios habían obtenido un verdadero triunfo en Abasolo, la proximidad de nuevas fuerzas federales les hizo volver a Hermanas.

Ya en el cuartel general de González y Carranza el coronel Villarreal indicó la conveniencia de que se abandonara la región en la que se operaba y en donde solamente se podía mantener una guerra defensiva. El plan expuesto por Villarreal consistía en dejar los elementos militares suficientes para mantener en poder de la revolución la plaza de Piedras Negras, mientras que la mayoría de las fuerzas constitucionalistas se internaría en los estados de Nuevo León y Tamaulipas.

Pero tanto, el general González como el general Carranza, se oponían a aceptar el plan propuesto por Villarreal, explicando que, conforme a las instrucciones que les había dejado el Primer Jefe Venustiano Carranza, no podían abandonar las posiciones en que se encontraban sus fuerzas.

Más como por esos mismos días, Carranza llegó a Hermosillo, el general González telegráficamente le pidió su opinión sobre el plan de Villarreal, por

Las rupturas en el constitucionalismo

el cual fue aprobado por el Primer Jefe. Ya aceptado el plan de Carranza, el general González dispuso que se simulara una falsa retirada a Piedras Negras, mientras que varias columnas revolucionarias se internaban en el estado de Nuevo León.

LA RETIRADA A PIEDRAS NEGRAS

Los federales, a las órdenes del general Maas habían concentrado grandes elementos en Monclova, con el objeto de iniciar una seria ofensiva sobre los constitucionalistas. Correspondió a Villarreal y a Francisco Murguía simular la retirada a Piedras Negras, la cual llevaron a cabo destruyendo totalmente la vía férrea, para evitar el avance de los federales.

Terminado el movimiento el coronel Villarreal, al frente de sus tropas, se dirigió al Estado de Nuevo León. Al cruzar la vía férrea con dirección a Mamulique, se encontró frente a los huertistas en el puente de Morales, en las cercanías de Salinas Victoria. Gracias a un rápido movimiento, pudo sorprender a los federales, quitándoles un tren y numerosos pertrechos de guerra. El enemigo se retiró violentamente hacia Monterrey.

Villarreal continuó la marcha hacia Mamulique, pero no había caminado más que unos kilómetros, cuando tanto él como Fortunato Zuazua, escucharon a la retaguardia de sus fuerzas un nutrido tiroteo. Inmediatamente, Villarreal dio órdenes para contramarchar, pudiéndose dar cuenta poco después, de que los generales González, Carranza y Murguía, habían tomado contacto con el enemigo en Salinas.

Villarreal dictó dispositivos de combate y avanzó sobre los federales para auxiliar a los combatientes, al mismo tiempo que ordenó que fueran quemados los puentes a la retaguardia del enemigo.

Los resultados de la presencia de las fuerzas de Villarreal no se hicieron esperar mucho tiempo. Los huertistas creyeron que había llegado el auxilio de González, una poderosa columna de revolucionarios y emprendieron la fuga precipitadamente, dejando abandonados numerosos elementos de guerra. Los trenes de los federales tenían que pasar en su rápida carrera hacia Monterrey, sobre puentes ardiendo.

EL ATAQUE A MONTERREY

Con los elementos obtenidos en esta victoria, los revolucionarios se consideraron suficientemente fuertes para atacar a Monterrey, hacia donde marcharon. Antes, el general Pablo González, general en jefe de los constitucionalistas, se dirigió a los generales Cesáreo Castro y Teodoro Elizondo, para que con sus fuerzas se unieran a los ataques de la capital de Nuevo León.

Villarreal tomó la vanguardia de las fuerzas atacantes y avanzó hasta las cercanías de Topo Chico, saliéndole al paso los soldados huertistas a las órdenes del general Miguel Quiroga. Los constitucionalistas se lanzaron briosamente sobre el enemigo, y tras de infringirle una tremenda derrota le quitaron dos camiones –los dos primeros camiones con que contó la División del Norte– y una gran cantidad de material de guerra.

ASCENDIDO A GENERAL

El triunfo obtenido sobre Quiroga causó tal entusiasmo entre la gente de Villarreal que vitoreaba frenéticamente a éste llamándole general –y general fue a partir de ese día– que se lanzó impetuosamente sobre Monterrey, yendo a la vanguardia con Bernardo Garza, quien con arrojo temerario se lanzó sobre los cuarteles, logrando ocuparlos tras de un reñido combate y apoderándose de los depósitos de armas y municiones que ahí tenían los federales.

Dos días duró el ataque a Monterrey. Los revolucionarios eran dueños de toda la ciudad, menos del palacio de gobierno y de la penitenciaría, donde los huertistas hacían una vigorosa resistencia.

Se disponían los revolucionarios a dar un asalto a las últimas posiciones federales, cuando el general González recibió noticias de que los generales Ocaranza y Peña se dirigían a marchas forzadas de Saltillo a auxiliar a los sitiados, y al frente de una poderosa columna de las tres armas.

HACIA TAMAULIPAS

Ante la proximidad de la columna de refresco, el general González ordenó la retirada hacia el estado de Tamaulipas. Los revolucionarios, sin embargo, ha-

Las rupturas en el constitucionalismo

bían obtenido grandes ventajas con el ataque a Monterrey, ya que habían elevado la moral de sus soldados y además, al retirarse, cada hombre llevaba una dotación de ciento cincuenta cartuchos mientras que al empezar el combate solamente se contaba con sesenta cartuchos por plaza. Además, los constitucionalistas llevaban un gran número de armas recogidas de los depósitos que los federales tenían en los cuarteles confiscados por don Reynaldo Garza.

En marcha hacia Tamaulipas, el general Murguía se apoderó, sin necesidad de empeñar formar combate, de Cadereyta; el general Cesáreo Castro ocupó Montemorelos después de un recio combate con los federales y Villarreal ocupó Linares, de donde huyeron los huertistas.

El objetivo de los revolucionarios era ciudad Victoria, cuyo mando tenía el general Antonio Rábago, quien contaba como segundos a los generales Alzamendi e Higinio Aguilar.

Para emprender el ataque de Ciudad Victoria, el general Pablo González ordenó la concentración de todos los grupos revolucionarios que operaban en Tamaulipas, entre los cuales se encontraban los de Luis Caballero y Jesús Agustín Castro. El ataque empezó el 16 de noviembre de 1913, en la madrugada. Los defensores de la plaza ocupaban magníficas posiciones y hacían una resistencia vigorosa, hasta que los revolucionarios empezaron a debilitar sus líneas de fuego, entrando triunfantes a la población el día 18.

Los federales, sin embargo, pudieron salir de la plaza retirándose hacia el rumbo de Tula, por el famoso camino construido por el presidente Manuel González.

LA PERSECUCIÓN

Villarreal organizó inmediatamente la persecución de la columna huertista, tropezando con grandes dificultades, debido a que los triunfadores no querían perder la oportunidad del botín de guerra que les correspondía. Sin embargo, con la cooperación del general Murguía, Villarreal salió tras de los federales. Era ésta la primera vez que los revolucionarios emprendían la persecución del enemigo.

Creía el general Villarreal, que los perseguidos harían una seria resistencia en La Herradura, notable posición natural en el camino a Jaumave. Sin embargo, los federales no se detuvieron en La Herradura, grandioso acantilado

cortado a tajo y en cuya parte superior tiene un balcón que constituye un punto casi irreducible. Dejando atrás a La Herradura, el general Villarreal continuó la persecución, alcanzando a la retaguardia en la tarde del día 19, destrozándola y quebrantándole un fusil Rexer y toda su impedimenta.

A partir de este momento, revolucionarios y federales no dejaron de combatir, avanzando siempre los primeros hasta llegar a una imponente cañada en cuyo fondo se encontraba la hacienda La Joya, que había sido famosa en años anteriores debido a que había sido la residencia del obispo Camacho, quien ante el mundo asombrado, negó la aparición de la Guadalupana.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 22 de diciembre de 1935, año x, núm. 98, pp. 1-2.